

DERECHO AL ESPACIO: BIENES PUBLICOS Y ESPACIO PÚBLICO A LA LUZ DE LA CRISIS DEL SISTEMA-MUNDO CAPITALISTA

Dejan Mihailovic

El nacimiento y la consolidación del sistema-mundo capitalista habían sido posibles gracias a la expansión físico-espacial de la lógica del capital. La acumulación de capital siempre ha sido una cuestión profundamente geográfica. En otras palabras, sin las posibilidades inherentes a la expansión geográfica, la reorganización espacial y el desarrollo geográfico desigual, hace tiempo que el capitalismo habría dejado de funcionar como sistema político y económico. Siendo un sistema lleno de contradicciones internas, el capitalismo no puede mantenerse sin sus soluciones espaciales. La producción y la conquista permanente de espacios reales y simbólicos como impulsores de creación de la riqueza llegaron a ser identificados como un camino único al crecimiento y estabilidad del sistema. Sin embargo, tuvieron que transcurrir varios siglos para que el proyecto moderno anuncie una de sus más grandes y dolorosas fallas: la ampliación de la acumulación de capital no es proporcional al aumento del bienestar material. Fue un proyecto que prometió el consumismo ilimitado como vía para el alcance de la felicidad, pero no logró satisfacer las carencias, las necesidades, y los deseos humanos ni liberar tiempo y espacio para el desarrollo intelectual y emocional, sino que tan solo proporcionó beneficios, en la mejor de las hipótesis, desiguales y en la peor, fraudulentos. Produjo una riqueza y una capacitación sustanciales para unos cuantos y desilusión, represión, miseria y degradación para el resto. Sus reivindicaciones utópicas de respetar la igualdad y el bienestar, por lo tanto, entraron cada vez en mayor contradicción con la realidad, mientras los “proyectos de desarrollo” se sucedían unos a otros y las cualidades desiguales de la geografía capitalista se hacían cada vez más visibles en diferentes escalas (urbana, regional y

global). Tomamos esta premisa como punto inicial para analizar la actual crisis del capitalismo mundial y algunas de sus consecuencias en relación al deterioro continuo del espacio público y el bien común.

I – Espacio público y bien común

El concepto de espacio público es propio de la Modernidad clásica, y surge como una esfera intermediaria que se construyó históricamente en el Siglo de las Luces, entre la sociedad civil y el Estado. Es el lugar (*topos*), al que todos los ciudadanos tienen acceso, para crear un público y formular una opinión pública. Paradójicamente, el liberalismo como una ideología *de* y una justificación *para* la acumulación en su afán de exaltar el individualismo tuvo que admitir que un individuo moderno afirma su estatus de sujeto siempre y cuando alcanza un determinado nivel de autonomía cuyo requisito inicial es *estar entre los demás*. De ahí que la calle, la plaza, el parque etc., más allá de ser vistos como espacios físicos donde se “amontona la gente”, son constructos reales y simbólicos de interacción y cohesión social. Los individuos autónomos cultivan su subjetividad mediante un intercambio discursivo de posiciones argumentadas sobre los problemas de interés general, hecho que les permite sentirse parte de la opinión pública plasmada en valores comunes y un reconocimiento mutuo de legitimidades, una visión suficientemente cerca de las cosas para discutir, demandar, oponerse, deliberar, etc. En ese sentido, el espacio público es la expresión real de una democracia en acción, o la expresión contradictoria de las informaciones, opiniones, intereses e ideologías de modo que, cualquier intento de reducir o privatizar el espacio público implica un acto profundamente antidemocrático.

Por otro lado, el bien común siempre ha sido identificado como la suma de los intereses de la colectividad, considerada como finalidad de la función pública. No se trata aquí

tan solo de las condiciones materiales de la sociedad y de cada uno de sus integrantes, sino también de aquellos factores sociales, políticos, jurídicos y culturales que brindan un nivel deseado de salud física y psíquica de los ciudadanos permitiéndoles crear algunas pautas morales que les ayuden crear diferentes formas de identidad. Sobra decir que una buena parte del “universalismo” de la civilización occidental descansa sobre una premisa elaborada en las antiguas polis griegas organizadas a manera de pequeñas ciudades-comunidades: se trata del bien supremo. Hemos aquí en el resbaladizo terreno de la ética. Para Aristóteles la ética no era más que un tipo de saber práctico con la tarea de orientar a los seres humanos en sus acciones cotidianas. De ahí que ninguna actividad política o económica podría ser virtuosa sin estar previamente fundamentada en un principio ético. La *polis* griega era el ámbito decisivo para la realización de la vida feliz. Ser feliz y virtuoso era posible solo en referencia a la *polis* y para la *polis*, debido a que el hombre siendo por naturaleza un “animal político” no tenía escapatoria alguna debido a que todo aquel que se hallaba fuera del Estado o por debajo o por encima de lo humano, era considerado una bestia o un dios. ¿Cuántos, hoy en día, deambulan por las calles de nuestras ciudades contemporáneas disfrazados de bestias o dioses? ¿Dónde está el *ethos* de nuestras *polis* para marcar el espacio de lo que debe hacerse y las virtudes que deben practicarse? ¿Dónde perdimos aquel bien supremo que estaba por encima de cada individuo, pero en función de cada uno de los integrantes de una comunidad? No es fácil responder a estas preguntas, pero a continuación trataré de ofrecer algunas razones por las que el espacio público y el bien común padecieron un franco y paulatino deterioro.

En las ciudades premodernas, las vías públicas no eran espacios destinados al tránsito, sino espacios para vivir (Mumford, 1960.)

II – Un mundo globalizado: *achique* espacial en un tiempo comprimido

Un primer tema que se impone hace referencia a las actuales tendencias globales que comenzaron a perfilarse, cuando mucho, unas tres décadas atrás. Tal vez la mejor manera de referirse a toda una serie de grandes e importantes novedades en la estructura y las formas de gestión política, económica, social y cultural es el cambio del paradigma. El cambio del paradigma supuso la *posmodernización* de la economía global reflejada en la acumulación flexible, la desmaterialización de la producción, la automatización del trabajo, y toda una serie de fenómenos acompañantes que reorganizaron las formas convencionales de producción tradicional *fordista*. El capitalismo moderno, centrado sobre la valorización de grandes masas del capital fijo material es cada vez más rápidamente sustituido por un capitalismo posmoderno centrado en la valorización de un capital llamado inmaterial, calificado también como “capital humano”, “capital conocimiento”. El trabajo de la producción material, medido en unidades de productos por unidades de tiempo es sustituido por el trabajo llamado inmaterial, al cual los padrones clásicos de medida ya no se pueden aplicar. En este contexto lo que importa no es más la ciencia o el conocimiento, sino la inteligencia, la imaginación y el saber que, juntos, constituyen el capital humano. Los conocimientos, en efecto, son fundamentalmente diferentes de los saberes y de la inteligencia. Ellos se refieren a los contenidos formalizados, objetivados, que por definición, no pueden pertenecer a las personas.

La esfera política fue sometida a un fuerte proceso de mercantilización, desvinculando lo político de las bases populares y subordinándolo a los movimientos del gran capital. Entramos en una nueva era en la que la forma predominante de ejercicio del poder

estatal se ha convertido en una despolitizada administración técnica que se dedica a coordinar los intereses. En el nivel social fue detectada una gran crisis de las formas tradicionales de identidad tanto individual como colectiva. La intensificación de los conflictos sociales sigue generando elevados riesgos en la materia de seguridad pública y nacional. El ser humano está expuesto a una constante erosión psicológica causando la fragmentación y la atomización de su integridad. Ejemplo de ello es una ciudadanía despolitizada en la cual la soberanía del consumidor se impone a la soberanía política del ciudadano. El pensamiento unidimensional, un individualismo exagerado y la desconexión de su propio ser reducen al individuo “globalizado” a un espectador pasivo que, en última instancia forma parte de un sistema social disfuncional. Finalmente, en el área de la cultura, enfrentamos también las crecientes prácticas de exclusión, intolerancia y, en peor de los casos, el odio hacia el Otro. La primera década del nuevo siglo se caracterizó por el auge de un nuevo modelo hegemónico en el campo de la cultura: el multiculturalismo. Sustentado en la creencia de que vivimos en un universo post-ideológico, y que aquellos viejos conflictos causados por la siempre tediosa dicotomía derecha-izquierda ya han caducado, el nuevo oleaje multicultural optó por reducir el complejo campo social a un espacio de continuas luchas por el reconocimiento de diversos estilos de vida. Aparentemente despolitizado, este multiculturalismo rápidamente fue desenmascarado en su papel de una nueva ideología del capitalismo global. El rotundo fracaso del proyecto *multicultural*, una especie de propuesta *light* del código liberal permisivo pensado para asegurar la convivencia en nuestras sociedades fragmentadas, fue tan solo un ejemplo más que puso en evidencia la desgastada iconografía ideológica de un liberalismo en plena crisis.

III – Democracia: la mejor forma de reducir la política a la gestión de asuntos sociales

Un segundo tema que nos ayuda a comprender la reducción del espacio público y la pérdida de bienes públicos es la democracia. Reinventada en la Modernidad temprana, la democracia pronto adquirió el significado de toda una teoría de emancipación prometiéndole la autonomía, la libertad y las facultades deliberativas a los ciudadanos. Arropada por el modelo liberal, desde la época de las grandes revoluciones burguesas sentó las bases para un estado republicano, combatió todo tipo de autoritarismos y colocó el tema de los derechos humanos como un requisito indispensable para el desarrollo y la seguridad humana. Hoy en día, secuestrada por la clase política en turno, la democracia es transformada y reducida a un aburrido ritual de contar los votos. Los partidos políticos operan como firmas de negocios para los que la política es cada vez menos una doctrina que indaga sobre los caminos conducentes al bien común, y cada vez más una especie de *techno management* que, a través de los juegos electorales, permite que las elecciones no sean ganadas por los más aptos para el puesto, sino por los que tienen mayor probabilidad mediática para ganar. En estas circunstancias aquel ciudadano político por el que tanto luchaba Rousseau hoy en día queda reducido a un patético individuo-consumidor que sueña con tiendas departamentales rodeado de espectáculos *pago por evento*. Su Estado, aquella encarnación del poder político máximo opera hoy como si fuera una agencia de servicios pagados en donde lo que antes era un derecho hoy es una obra de caridad. La consecuencia de todo eso es una ciudadanía despolitizada y apática. Para enfrentar los efectos negativos de la reducción de la democracia a un mero juego electoral, se impone la urgencia de constituir a un nuevo tipo de ciudadano, sobre todo para: 1) reivindicar la importancia del diálogo y la decisión para impedir que la democracia se agote en la participación y la competencia; 2) recuperar la dimensión utópica de la democracia para reafirmar la política como “arte de lo posible”; 3) subrayar que en el futuro la democracia no será ni de participación ni

de representación, y ni siquiera de comunicación, sino que sus raíces estarán en la libertad creadora (y subversiva) del sujeto, en su capacidad de modificar y si es necesario, transformar su entorno para construir un *topos* donde se experimentará como creador libre; 4) ver en la democracia una manera de mantener el realismo utópico en la política. De acuerdo a lo anterior, se perfila una posible interpretación de la democracia como una utopía radical *autolimitada*, una orientación práctica del ideal regulativo en los caminos de la racionalidad moderna. La soberanía del consumidor opaca a la soberanía del ciudadano. Los individuos narcisos prevalecen sobre los ciudadanos conscientes. Crece la aversión hacia el bien común y la sociedad civil atomizada sustituye la lucha de clases por luchas particulares de los derechos de minorías. A pesar de ser legítimas e indispensables para el futuro desarrollo de la democracia, esas luchas son insuficientes en el proceso de fortalecimiento adecuado del Estado y la formación del proyecto de nación como pilares de la revitalización del espacio y los bienes públicos. La actual época del capitalismo global sugiere un nuevo análisis de la relación entre el universo del Capital y la forma Estado-Nación. La extensión (espacio) y la volatilidad (tiempo) multinacional del Capital rompió el viejo paradigma de la dicotomía metrópoli-colonia. Este fenómeno afecta directamente a todos aquellos postulados que han sido decisivos en la inauguración del modelo de la democracia liberal como la forma dominante y universal de gestionar los sistemas políticos en el mundo. El debate actual sobre el futuro de la democracia está condicionado por la imposición de modas intelectuales en donde prevalecen los términos *biopolítica* y *pospolítica*.

IV – Neoliberalismo: la propuesta fracasada de un modelo de civilización

En un tercer lugar podemos mencionar lo que en México y América Latina se ha llamado la larga noche neoliberal. Mucho más de ser un paquete de (re)ajuste estructural

ejecutado por la tecnocracia en turno, el neoliberalismo fue y sigue siendo todo un modelo de civilización. Basado en la supuesta supremacía de la razón económica y la vulgar idea de un mercado autorreferencial que se resiste a cualquier tipo de intervención externa, el proyecto neoliberal llegó a ser toda una “teología” sustentada en la descabellada utopía global del mercado total. Durante casi tres décadas, fuimos testigos de la usurpación de los espacios públicos y los bienes comunes mediante la aplicación contundente y dura de una especie de “santísima trinidad” encarnada en los principios de liberalización (en materia de precios), privatización (bienes públicos y paraestatales) y desregulación (en cuanto al flujo libre de los capitales). La esencia política del neoliberalismo consistía en los debates triviales sobre cuestiones mediocres y sin importancia entre los partidos que en su base estaban y siguen estando al servicio de los intereses de *business* independientemente de sus diferencias formales en las campañas electorales. Así que la democracia es permitida mientras el *business* no esté sujeto al cuestionamiento social y a los cambios, esto es, mientras no sea democrático. Un crecimiento enorme de las desigualdades social y económica, un aumento visible de la miseria y de la pobreza, una condición de catástrofe que atraviesa el así llamado medioambiente, una economía mundial inestable y un increíble enriquecimiento de los ricos, fueron solo algunas de las desastrosas consecuencias de la dictadura neoliberal, desafortunadamente, aún en boga en México. Por supuesto que no hay ninguna defensa empírica de todo esto. El argumento más fuerte: no hay alternativa al neoliberalismo y que tendremos que enfrentar un capitalismo sin guantes en donde el hombre ha dejado de crear espacios para disolverse en ellos, como Barton Fink en la playa de Foucault. Lo verdadero aparece entonces como ese punto de dolor físico en el que ya no existe la distancia entre el adentro y el afuera, entre lo externo y lo interno. Todo parece apuntar que el mundo perceptivo de lo visual no nos necesita para poder existir. El sentido se

vuelve una obsolescencia más en la bodega de nuestras vidas que simulan ser vividas. La pregunta ¿decimos la verdad? converge a la pregunta ¿actuamos bien? Entrando ahora al terreno de la democracia, queda obvio que el concepto según el cual la democracia era la constitución dada está acabado. En el pasado la democracia se basaba en las instituciones representativas y estructuras internas del espacio nacional, delimitado y dependiente de la soberanía nacional. Las instituciones nacionales democráticas representaban al pueblo y, por lo tanto, la soberanía nacional moderna tendía a tomar la forma de una soberanía popular. Dicho de otra manera, afirmar que la nación era soberana tendía a ser idéntico que declarar que el pueblo era soberano. Y, qué curioso que siglos después del inicio de la modernidad no hay una respuesta satisfactoria a la pregunta ¿qué es el pueblo? Sabemos que el pueblo no es una entidad natural o empírica. No se puede llegar a identificar al pueblo sumando o haciendo la media de toda la población. El pueblo es más bien una representación que hace de la población una unidad. Habría que recordar aquí los elementos de importancia decisiva. En primer lugar la idea de que el pueblo puede ser soberano solo como identidad, como una unidad. Segundo, la llave para la construcción del pueblo es la representación. Y, por último, estos mecanismos de representación se basan en una noción y una condición de medida, y por medida debemos entender no tanto una condición cuantificable sino más bien delimitada. En resumidas cuentas, el pueblo no es una identidad ni inmediata ni eterna, sino más bien el resultado de un complejo proceso propio de una formación social y de un periodo histórico específicos. En el paso al Imperio el espacio nacional pierde su definición y las fronteras nacionales (aunque todavía importantes) se relativizan. Incluso los imaginarios nacionales se desestabilizan. Cuando la soberanía nacional es desplazada por la autoridad del nuevo poder supranacional, el Imperio, según Hardt y Negri, la realidad política pierde su dimensión, y es esta situación se hace

cada vez más clara la imposibilidad de representar el pueblo, y el mismo concepto del pueblo tiende así a evaporarse (Hardt y Negri, 2002). Imperio implica el rechazo de la tradición del individualismo posesivo y nuestro problema de pronto no es juntar los individuos aislados, sino construir de modo cooperativo formas e instrumentos de comunidad y llegar al reconocimiento (ontológico) de lo común. Valdría la pena recordar aquí nuevamente las ideas de la moral y de la ética. En general, la moral es un conjunto de reglas que sirven para propiciar una conducta en la vida. En sentido amplio, la moral es un conjunto de valores y reglas de acción propuestas a los individuos por medio de estructuras prescriptivas (familia, instituciones educativas iglesias, partidos, etc.). La ética por el contrario se refiere al modo en que cada uno se construye a sí mismo como sujeto moral. Y es ahí donde yace la gran oportunidad para reivindicar la democracia como una auténtica praxis moderna que sobrepasa los límites de los así llamados “sistemas políticos democráticos” y se incrusta en las esferas de la economía y la moral haciendo que la política ya no sea un simple ejercicio del poder, sino como una modalidad específica de la acción, llevada a la práctica por un tipo particular de sujeto, y derivando de una clase de racionalidad específica de carácter emancipatorio.

V – Ciudades, una sostenibilidad inviable

Un cuarto tema de nuestro interés apunta a los espacios urbanos contemporáneos. Desde sus inicios, las ciudades han surgido mediante las concentraciones geográficas y sociales de un producto excedente. La urbanización siempre ha sido, por lo tanto, un fenómeno de clase, ya que los excedentes son extraídos de algún sitio y de alguien, mientras que el control sobre su utilización habitualmente radica en pocas manos. Esta situación general persiste bajo el capitalismo, por supuesto; pero dado que la

urbanización depende de la movilización del producto excedente, surge una conexión íntima entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización. Los dueños del capital tienen que producir plusvalía; éste a su vez debe reinvertirse para generar más plusvalía. El resultado de la reinversión continuada es la expansión de la producción de excedente a un tipo de interés compuesto, y de ahí proceden las curvas logísticas (dinero, producción, población) vinculadas a la historia de la acumulación de capital, que es replicada por la senda de crecimiento de urbanización en el capitalismo. En suma, el espacio urbano, la ciudad, se refiere al espacio de la centralización de la producción, del consumo y de la administración. Un espacio marcado por la máxima competencia por los usos del suelo y la centralidad; (el espacio de la máxima presión ambiental y el más insostenible). Estudios en el tema saben muy bien que no existe ningún proyecto de desarrollo sostenible viable en las zonas urbanas. Como en todas las fases precedentes, esta última radical expansión del proceso urbano de nuestra época ha provocado increíbles transformaciones de los estilos de vida. La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad misma, en un mundo en el que el consumismo, el turismo, las industrias culturales y las basadas en el conocimiento se han convertido en aspectos esenciales de la economía política urbana. La inclinación posmoderna a estimular la formación de nichos de mercado, tanto en los hábitos de consumo como en las formas culturales, acecha la experiencia urbana contemporánea con un aura de libertad de elección siempre y cuando se disponga de dinero para ello. Grandes centros y superficies comerciales proliferan como lo hacen restaurantes de *fast food* y los mercados de productos artesanales. Asistimos ahora, como señalan algunos, a la “pacificación mediante el *capuccino*”. Incluso la incoherente, blanda y monótona promoción de vivienda adosada suburbana, que continúa dominando en muchas áreas, recibe ahora su antídoto en la forma de un movimiento en pro de un “nuevo urbanismo”

que oferta la venta de comunidad y estilos de vida de calidad para cumplir todo tipo de sueños urbanos. Éste es un mundo en el que la ética neoliberal de un intenso individualismo posesivo y su correspondiente retirada política de las formas de acción colectiva se convierte en el modelo de socialización humana. Asistimos a una especie de la nueva “*geografía posturbana*” cuyo discurso innovador ofrece términos como lo son corregidores regionales, conurbaciones difusas, redes *policéntricas* o *periurbanización*. Este último refiere al lugar en el que se encuentran el campo y la ciudad y la pregunta que se plantea es: ¿estamos ante una fase temporal de un proceso complejo y dinámico o esta naturaleza híbrida se mantendrá a lo largo del tiempo? La nueva realidad periurbana presenta una mezcla muy compleja de suburbios pobres, desplazados del centro de las ciudades y, entre medias, pequeños enclaves de clase media, frecuentemente de nueva construcción y vallados. En esta *periurbanización* encontramos también trabajadores rurales atrapados por la manufactura de baja remuneración y residentes urbanos que se desplazan diariamente para trabajar en la industria agrícola (Davis, 2007). Cuesta cada vez más distinguir nominal y visualmente la línea divisoria entre un espacio urbano y su correspondiente periferia. ¿Qué sigue? ¿Es factible el desalojo (¿violento?) de la favela Rocinha incrustada en la lujosa zona residencial del sur de Rio de Janeiro para agradar las miradas de los turistas que asistirán a los Juegos Olímpicos de 2016 además de brindarles la seguridad necesaria para presenciar el espectáculo? La cuestión de qué tipo de ciudad queremos no puede estar separada de la que plantea qué tipo de lazos sociales, de relaciones con la naturaleza, de estilos de vida, de tecnologías y de valores estéticos deseamos. El derecho a la ciudad es mucho más que la libertad individual de acceder a los recursos urbanos: se trata del derecho a cambiarnos a nosotros mismos cambiando la ciudad.

VI – Geopolítica, espacios en conflicto permanente

Llegamos así a un quinto elemento que compone nuestro tema. Se trata de una disciplina resucitada a raíz del fin de la Guerra Fría y el supuesto fin de la historia tan solo amenazado por un “leve” choque entre las civilizaciones. Su nombre: geopolítica. Dedicada a estudiar la distribución de los poderes mundiales a partir de la ubicación geográfica de sus actores, durante mucho tiempo la geopolítica centraba sus análisis en un aparato categorial convencional que partía del concepto de Estado-nación, y llegaba a los complicados esquemas de la usurpación de los espacios físicos proveedores de recursos de los que creíamos que eran inagotables. Es la geopolítica que nos revela que el capitalismo fue posible gracias a una explotación desenfadada e indiscriminada de los recursos naturales predominantemente fósiles y no renovables mediante un sistema energético mundial completamente cerrado al que solo podían tener acceso las agencias gubernamentales y las grandes empresas transnacionales. Ese cuento de hadas llegó a su capítulo final. Se avecina una gran transformación en la cual las futuras formas de producción tendrán que basarse en un tipo de explotación selectiva y regulada de los recursos naturales no fósiles y renovables mediante un sistema energético mundial abierto. Todo apunta hacia esa dirección y cuando eso suceda probablemente asistiremos al fin del capitalismo tal y como fue conocido. Esto implicaría una nueva forma de organización espacial de nuestros modelos de producción y de acción más allá de las áreas productivas. Una nueva geopolítica encaminada a romper con las clásicas modalidades de poderes imperiales basadas en la hegemonía, control, dominio e imposición violenta a los más débiles. Implicaría el fin de la geopolítica clásica y una nueva cartografía de los deseos y los poderes mundiales plasmada en un nuevo sistema internacional descentralizado, multilateral, solidario y entrópico.

¿Qué podemos ofrecer como conclusión o posibles caminos para enfrentar los problemas que venimos enumerando aquí. Vivimos en un mundo en el que los derechos

a la propiedad privada y el beneficio aplastan todas las demás nociones de derechos. Derecho al espacio público y a la ciudad como ejemplo por excelencia del goce de los bienes públicos no son una excepción. Sin embargo, ya desde la Modernidad temprana el gran filósofo Baruch de Spinoza sostenía que la primera exigencia ontológica humana es la necesidad de preservarse, pero la preservación humana (¡que sorpresa para los neoliberales!) no es individual sino, en última instancia, ella es social, ya que el ser humano se preserva mediante el trabajo, y esa relación con la naturaleza, por desgracia para algunos, “exige” la *cooperación* y no la *competición*. La condición humana de pronto se ve reducida groseramente a ese idiota (en el sentido clásico griego, aquel que solo piensa en sí mismo) llamado *homo oeconomicus*, cuya existencia gira alrededor únicamente de la maximización de su patrimonio, quedando la conducta humana racional enajenada por su “equivalente universal”: el dinero. Es conocida la relación entre el capitalismo y la esquizofrenia que prevalece en el nivel más profundo de una y la misma economía, de uno y el mismo proceso de producción, de modo que nuestra sociedad produce *esquizos* del mismo modo que produce champú *Palmolive* o pantallas de plasma, con la única diferencia de que los *esquizos* no pueden venderse. Pocas son las probabilidades de tratar, suavizar o resolver los problemas que tocamos en este texto fuera del la triplete mágica: Estado-Mercado-Sociedad. Pero un Estado actual ausente e inmerso en la corrupción, un mercado ególatra y excluyente y una sociedad apática y encaminada hacia una catatonía colectiva son signos nada prometedores. Los tres siguen fomentando una cultura de miedo que permea nuestra vida cotidiana paralizando el pensamiento crítico, la movilización y la acción necesaria para el cambio. Políticos y estadistas separados de la gente y envilecidos por el poder “negocian” la compra-venta del espacio público y el futuro de los bienes comunes. Más allá de la política, el empresario, una figura casi heroica de la época del capitalismo industrial, era una

especie de destructor creativo por excelencia, porque estaba preparado para llevar hasta sus últimas consecuencias la innovación técnica y social. Poco o nada tienen que ver con él nuestras actuales elites económicas retrogradadas, decadentes y envueltas en su delirio *cleptocrático* que no les permite ver la calle desde el helicóptero o carros blindados. Finalmente, el ciudadano, refugiado en la zona de la privacidad, percibe al espacio público como algo potencialmente peligroso y que expone su vulnerabilidad e integridad física, material y emocional. Su reducido mundo que no rebasa las fronteras trazadas por los centros comerciales, vacaciones *all inclusive* y las pantallas televisivos que embobinan sus ojos y pasteurizan su cerebro. No hay manera más eficaz de evitar la intimidad que asistir calladamente a un programa de televisión al lado de nuestra pareja. ¿De dónde viene ese miedo de perder las cosas que ni siquiera hemos podido poseer en su plenitud? El miedo de los pobres al hambre y el miedo de los ricos a la obesidad. El miedo de las mujeres a los hombres violentos y el miedo de los hombres a las mujeres sin miedo. El miedo de la democracia a falta de votos y el miedo del mercado a falta de consumidores. Hemos llevado a la perfección el abnegado arte de producir lo tóxico que no sea nocivo: café sin cafeína, nata sin grasa, cerveza sin alcohol, *cyber* sexo, que es sexo sin sexo, guerras sin víctimas (de nuestro lado, claro está) y un modelo de lo Otro justo a la medida que lo podamos soportar. El Otro, el de la calle, excluido, marginado, potencialmente violento pero bien a la distancia, justo aquella que nos permite tolerarlo. “El infierno siempre son los otros”, diría Jean Paul Sartre. Cada vez creo menos en esta frase, cada vez veo más los infiernos compartidos. Deshacernos de ellos solo será posible mediante un verdadero rescate de la democracia, un alto decisivo al neoliberalismo, una regulación de las tendencias globales y una nueva geopolítica de mapas reales e imaginarios de nuestros espacios que nos haría regresar a la calle, la calle prohibida por la violencia o por el pánico a la violencia, la calle, como diría

Eduardo Galeano, donde ocurre el siempre peligroso, y a veces prodigioso espectáculo de la vida.

La gran novedad de nuestra época post-política del “fin de la ideología” es la radical despolitización de la esfera de la economía: el modo en que funciona la economía (la necesidad de reducir el gasto social, etc.) se acepta como una simple imposición del estado objetivo de las cosas (Zizek, 2001). La única manera de crear una sociedad en la que las decisiones de alcance y de riesgo sean fruto de un debate público entre todos los interesados, consiste, en definitiva, en una suerte de radical limitación de la libertad del capital, en la subordinación del proceso de producción al control social, esto es, una *radical re-politicización de la economía*. En última instancia, el capitalismo sistemático mundo es un agente geomorfológico cuya subsistencia está directamente vinculada con la explotación de recursos naturales, principalmente fósiles y no renovables mediante un sistema energético mundial completamente cerrado. Esto ha llevado la historia de la modernidad hacia un callejón sin salida que requiere de una serie de profundas transformaciones éticas, económicas y políticas que encaminarían la humanidad a un nuevo tipo de relación con la naturaleza, un nuevo modelo de creación de espacios públicos y un nuevo tipo de relación social libre de explotación, marginación y desigualdad.

Bibliografía:

Davis, M. (2007) *Planeta de ciudades miserias*. Madrid: AKAL.

Hardt, M., Negri, T. (2002) *Imperio*. Paidós, Buenos Aires.

Harvey, D. *La condición postmoderna*. Amorrortu: Buenos Aires

Harvey, D. *Espacios de esperanza*. Madrid: AKAL.

Mihailovic, D. (2003) *La democracia como utopia*. Ciudad de México: Tec de Monterrey – Miguel Ángel Porrúa.

Mihailovic, D. Toribio Dantas, A. (2007) *Desarrollo e integración. La nueva geopolítica de la economía global*. Ciudad de México: Tec de Monterrey – Miguel Ángel Porrúa.

Mumford, L. (1960) *La ciudad en la historia; sus Orígenes, transformaciones y perspectivas*. Ediciones Infinito: Buenos Aires.

Zizek, S. (2007) *En defensa de la tolerancia*. Madrid: Ediciones Sequitur.